

Noticias del Museo

ADQUISICION DE PIEZAS PARA EL MUSEO Y NUEVAS INSTALACIONES

Se continúa ininterrumpidamente la recogida de piezas para el Museo por diversas regiones de España, teniendo como meta la adquisición de 4.500 objetos por año para poder tener al final de la década de los 80 una cantidad aproximada de 50.000 piezas, o sea unas 1.000 por provincia, como muestra representativa de la riqueza en arte popular de cada una de ellas.

En este año 1980 se ha recibido una importante donación de la Sra. Doña Mercedes Pinilla, de 251 objetos contenidos en su casa de Cerecinos del Carrizal, Zamora. Se trata de una colección sumamente interesante de bancos para quesos, mesa con rueda incorporada para amasar el pan, arcas de diferentes clases, piezas de cerámica, objetos religiosos, como vestidos de Niño Jesús, cuadros, reclinato-

rios; profusión de tejidos, juguetes y toda clase de objetos formando parte del ajuar de una familia acomodada pero situada e inmersa en los modos de vida de una población rural. Desde aquí agradecemos una vez más a la familia Pinilla esta contribución a nuestro Museo.

Gracias a una subvención concedida por el Ministerio de Industria, Dirección General de Actividades Diversas, Sección de Artesanía, se ha hecho posible la realización de nuevas instalaciones con vitrinas expositoras, iluminaciones, grandes paneles, etc., que han cambiado totalmente al aspecto de algunas salas, especialmente de la Sala II, que contiene los objetos referentes a las fiestas y celebraciones del Ciclo del Año y a la Agricultura, como técnica de producción de alimentos, en sus diversas etapas: de preparación del suelo, siembra, siega, recolección, recogida y transporte, trilla, aventado, medidas, etc.

La casa de Cerecinos

Luis Estepa

Hace ya muchos años que la casa de Cerecinos empezó a ser vendida. El comienzo sería tan difícil de precisar como el fin si entendemos como venta la pérdida del dominio. Para llegar a un contrato definitivo que recogiera los imperceptibles procesos del olvido haciendo ya explícita la carencia se pasó por unos estados parciales de sustitución muy complejos. Ha habido muchas personas en ello. Cada una podría dar su propia versión y no por ello se podría dejar de decir en justicia: "bueno, al fin y al cabo la casa de Cerecinos ya no es nuestra". Como el que resumiera una obra de teatro diciendo: "lo que pasó no importa, al final se casan". No; creo que determinadas separaciones son más que otra cosa una nueva forma de conciencia. La pérdida del interés y del brillo de los objetos los vuelve translúcidos, transparentes, pierden los contornos y al final acaban por no ser vistos. Hasta que alguna manera de cuchillo corta la seguridad del hilo a cuyo extremo pendía la espada de la costumbre que tan sin cuidado nos tenía y entonces un dolor inesperado se nos clava certeramente. Es como cuando respiramos normalmente. Estamos tan habituados a ello que ni nos damos cuenta, pero si un día se quiebra el mecanismo de la in-

conciencia descubrimos la fatiga y con ella otra cara de la respiración que no sospechábamos.

Las últimas décadas, la postguerra, fueron vergonzantes para ella. La mantenían limpia desde las Mercedes de un año hasta las del siguiente que volvíamos a visitarla, como a esos ancianos incapaces de valerse por sí mismos, para disminuir la apariencia de los estragos de la miseria: ¿qué casa es la que nadie vive en ella? Los padres y los mayores fuimos los últimos en habitarla, y yo el más joven, durante un desdibujado verano del comienzo de los cincuenta. Para entonces la falta de agua corriente, la cocina de leña que se tocaba con una gran campana ahumada, el retrete que daba al corral y era servido por un pelotón de bacinillas de loza y, sobre todo, el lánguido ritmo de la vida social de Cerecinos eran ya los aliados de su olvido.

No volvimos a dormir sobre sus camas de bronce y hierro fundido, que, sin embargo, conservaron sus nombres hasta su dispersión: la de Mamá, la de la Tía Tránsito, etc., etc., y los reclinatorios que estaban asociados a los vestidos, quedaron completamente indiferenciados. Algún niño que llegaba se sentaba momentáneamente en alguno de ellos confundidos con una

silla baja y los primos, no muy devotos, los mirábamos con ironía. Tampoco volvimos a lavarnos la cara en las palanganas esmaltadas que se vaciaban de agua jabonosa con un glu glu inolvidable y las pilillas del agua bendita con sus placas vidriadas corrieron inciertas suertes, pero desde mucho antes de su actual paradero ya no se usaban, y quedaron guardadas en la alacena del comedor y de allí no salieron durante años. Sustraídas de la sucesión de las horas y de las estaciones las contraventanas dieron fin a su arte combinatoria de luces y penumbras. Llegábamos los sobrinos y las abríamos de par en par porque sólo queríamos claridad para entregarnos al delicioso pillaje de los cachivaches de los abuelos y los tíos a los que atribuíamos un valor exagerado porque ni más ni menos eran muy nuestras. Pero una vez, excepcionalmente, salió un Ecce Homo gótico que el Tío Luis había cogido durante la guerra de una iglesia incendiada. Lo que más abundaba era el remanente de unas vidas ya pasadas: cacharros de cerámica, libros y apuntes de medicina escritos con letra muy menuda, ropa inmaculadamente limpia y herramientas del campo. Queríamos llegar a saber de nosotros mismos profundizando con las manos en las arcas atestadas de

los más heteróclitos objetos guardados para una clase de escasez que la abuela no pudo advertir había terminado. No supo nunca que cuando metieron la cómoda de la sala se había escrito la sentencia de muerte de las arcas, una de ellas conserva el precio del siglo XVIII en la tapa, porque al tirar de los cajones aparecía la ropa en una exhibición de colores y textura para que la operación de vestir fuera fruto de una más cabal elección y no tanto de un proceso en el que por una parte de la tela, muchas veces sólo un pico, se identificara el resto de la pieza. La rígida relación entre el vestido y el estamento social se debilitaba y en consecuencia el almacenamiento cedía terreno a la elección. Muy bien recibida fue la cómoda de la Sala porque le pusieron encima un tapete carmesí sobre el que descansaban las imágenes familiares: una Virgen de loza vidriada dentro de un fanal de vidrio en el que introducía también la foto de algún pariente muerto, un armarito de juguete, la caja de cristal con el costurero de seda bordado con motivos chinos, que tenía dentro un alfilerero de plata, dos candelabros corrientes de bronce con dos cabos de vela y algún portarretratos metálico. Frente por frente tenía su hermana gemela en el espejo, muy funerario él, con marco negro de escayola y purpurina y a un lado y a otro los retratos de Severiano Ballesteros y la Tía Vicenta (Abuelo ¿quién es ese señor tan feo? Calla bobo, que esa es tu tía Vicenta). Nadie pudo quitar el tapete rojo de la cómoda que tanta dignidad le confería, allí se quedó en su sitio, a la espera de lo que los tiempos le quisiesen mandar porque la mujer de Félix no permitió que lo llevaran como objeto de estudio. Para ella no contaba que en las casas modernas las cómodas hayan quedado reducidas a su mínima expresión en forma de eso que llaman "gradenes" que sólo valen para exhibir la ropa y no para almacenarla debido a la poca altura de las repisas corredizas, que la lógica se resiste a darle el nombre de "cajones", con el correspondiente desplazamiento de las cómodas a la categoría de trasto, la jerarquía de los usos quedó abolida por los propios sentimientos: los de la mujer de Félix, ellos, ya desde vida del padre de éste, Justiniano, habían estado ligados a nosotros por ese tipo de relación que si bien en un principio es de trabajo, la comunidad, los años y la fatiga transforman en familiar. Así, pues, ella no defendía el valor del dinero de las cosas, ni su interés etnológico, sino que en un gesto apasionado,

que era una contracción del tiempo en sus creencias, dijo: "Esto no es nada y no se lo llevan". Y allá quedó el tapete, para que los nuevos que vayan a vivir a la casa de Cerecinos sigan recordando dignamente a sus muertos y las espigas de los campos todos los años sigan granando su trigo. Pero también este detalle habla de qué poco nuestra, era para entonces, nuestra casa. Fue ese mismo día cuando la máxima apertura de las contraventanas dejaban tan huecos los cuartos despojados de muebles y la geometría de los nuevos espacios nos agredía con sus limpias aristas. Los, por el continuo fregar, alveolados suelos, se ensanchaban en su deserción. Como exhaustas alas de madera se abrían en lo que para mí era su más dolido vuelo de ave que muriera planeando por los cielos, inhábiles ya para regular con precisión la mezcla de luz y calor de las diversas estaciones como se hace en las casas de los pueblos durante el año. La apertura total era un espasmo incapaz de toda sutileza en la descripción de perfiles o volúmenes y en la crispación de los diafragmas luminosos aparecía el sentimiento de la muerte que provoca una pupila paralizada. Los dormitorios tenían algo de esto, separados del vestidor por puertas de doble hoja aislaban al durmiente de toda corriente de aire, luz o ruido y le dejaban por la noche en su nicho a solas con su calor. De ahí el agua bendita, las imágenes religiosas y los reclinatorios que los primos considerábamos un tanto extravagantes.

Creo que nosotros empezamos a perder la Casa de Cerecinos hace un siglo aproximadamente, cuando los primeros tíos marcharon a Madrid a estudiar las carreras y encontraban en la capital un movimiento de gentes, un bullicio callejero y una animación que, por supuesto, no eran equivalentes al rodar del viento por la cereal llanura ni al del traqueteo de los carros por las calles. Pero las modistillas, los escaparates y los primeros tranvías de mulas eran algo accesorio. La ciudad era solamente una manera de regresar al pueblo, una transitoria emigración que finalizaba con la obtención de un título. El hijo volvía convertido en Don y en el equipaje a veces había fotos de estudio que se hacían los licenciados en la calle Arenal o Ancha de San Bernardo y se intercambiaban con fervorosas dedicatorias y esperanza de muy durable amistad. De estos contactos capitalinos y de la devoción religiosa de la vida tradicional vendría la rinconera neogótica, rematada por puntiagudo pináculo, que tanta gracia me hacía porque

me recordaba a William Morris y me hacía pensar que el espíritu de aquel mueble, por otra parte muy humilde en su confección, encajaba muy bien con la ideología religiosa de los primeros ríos, más entroncada en el espíritu del primer gótico que en las posteriores interpretaciones de Morris y Le Duc. Y también era capitalina la afición a la lectura de Rocambole de uno de ellos, que fue boticario cerca de Cerecinos. La practicaba en estado de hibernación, en la cama, de la que no salía durante las larguísimas estaciones de otoño e invierno. Las horas de lectura las pasaba en la enlutada compañía de un paraguas que ponía siempre a su lado. El único lujo que se permitió en toda su vida, —así era la existencia cotidiana de los pueblos de Zamora—, fue el de ir una vez a los toros, y llegó un momento en que la costumbre de no gastar dinero se arraigó tanto en su ser que tampoco le gustaba que lo hicieran los demás, hasta tal extremo que no sólo recomendaba a los campesinos enfermos las boticas más baratas, y algunas veces ninguna, sino que también, por sistema y no sacar dinero, les decía que no tenía cambio. Estas maneras, sin duda fruto de una paralizada cotidianeidad, no eran excepcionales; en lo extremoso recuerdan las de Cándido el Zampante y nos hacen pensar en lo poco simple y bucólicos que son los días de los pueblos, en contra de lo que el hombre común de ciudad suele atribuirles. Como construcción narrativa Cándido el Zampante pertenece a la infancia de los segundos tíos, y cronológicamente a la madurez de los primeros. Lo que sé de él me viene por una curiosidad que no es la del pueblerino que habla del tonto del pueblo. Los segundos tíos, incluso los niños, estaban ya muy urbanizados. Ello se explica por la nunca curada nostalgia de capital de los primeros tíos. Cándido llegó un día, nadie sabe de dónde, con trazas de pobre. No tenía nada. Con expresiones de lenguaje desusadas entre los campesinos y educados modos se dirigió a la Abuela para ver si podía quedarse. Le dejaron un gallinero abandonado. No comía nada más que melón en verano y las semillas en invierno. Los cultivaba él mismo en un cachito de tierra arenosa que le dejaron junto al río. No hablaba con nadie, sólo con el perro de un segundo tío, poco, y, mucho más raramente, con el dueño del can que por aquel entonces era un niño. No tenía nombre, Cándido el Zampante era sólo un apodo que denotaba una manera de ser y que comía sin trabajar. Así le resumieron

los del pueblo quienes, por otra parte, sentían por él el desprecio que el hombre de orden siente por el holgazán y desaforado. Dicen que quizá tuvo amores desgraciados. Una mañana Cándido fue encontrado muerto en su gallinero y ya sólo fue tradición y duda. Al cabo de algún mes alguien, por motivos desconocidos, como lo fue su cruel matador, eliminó al perro.

El permiso para quedarse lo recibió Cándido de la Abuela porque ella era la que administraba la casa de puertas adentro. A las cinco de la mañana se levantaba, iba a la casa de horno, mezclaba el hurmiente con la harina, amasaba, hacía las hogazas, que después se conservaban amorosas durante algunos días en el arca del pan que estaba, junto a la de los chorizos, en la bodega, y preparaba el desayuno en los fogones, luego la comida, que mientras que se hacía daba lugar a hacer un sinfín de cosas: limpieza, completar la despensa, traer al mundo a los segundos tíos y a mamá, supervisar el trabajo de los criados, tener la ropa en orden, etc. Después de la comida, de la que participaban criados y pastores, la cena, y así día tras día. Eso sin contar

lo de menor cuantía, como componer oraciones en verso por la guerra de Africa o la sequía, azotar con las látigas a algún niño travieso u ordenar que se rebajara, por piedad, el vino de la Beneyta. Esta era una anciana mendiga que además de la comida que le daban, con ingeniosos modales, reclamaba su ración de vino. "Para hacer la cocción", decía, porque en el pueblo se conservan todavía milenarios conceptos que tienen sus orígenes conocidos en la medicina hipocrática. Y no tan en el pueblo porque el fuego del vino lo debilitaban los de la casa con otro simple, pero contrario: el agua. Tierra y agua dan trigo en Cerecinos. Todos los años el suelo hace el esfuerzo de levantarse hasta los bigotes de las espigas, se forma un nivel ficticio que los vientos ondulan a ráfagas inesperadas y los inmensos espacios de la llanura se dulcifican con tonos cálidos de amarillo. Durante estos meses en que la mies está en los campos se oculta lo inhóspito de los terrenos blanquecinos y el visitante que llega no siente, entretenido por los colores hacia el horizonte, la indolencia del suelo que sabe que por siempre estará allí, que lo ararán,

lo abonarán y de él tomarán las cosechas. De esto se derivaban dos comportamientos muy distintos: Había el del Tío Luis que se entregaba a la celebración de los ritos de la recolección del trigo construyendo las cabezas de cartón, el toro y el cabezudo, que se ponían los que bailaban tras el último carro de mies; dibujando esquemas de fuegos artificiales, la traca, la rueda, etc., que después él mismo realizaba y encendía por las fiestas. La propia atracción de los ritmos, su gusto, se lo llevó, nadie supo cómo, al terminar la guerra. Pero también había los que negaban la sequedad tan sensible porque durante muchos años, ihace tantos!, escogieron como fondo de los retratos que tomaban los fotógrafos ambulantes la hiedra perenne de la puerta principal. Los primeros tíos intercambiaban sus personas y la nostalgia del agua seguía trepando los adobes a su espalda. Como palmeadas manos abiertas les empujaban por la espalda hacia otras tierras: "Ve, marcha, aquí no hay nada, crezca en ti tu olvido de mí". Y así, de este modo, un día nosotros nos fuimos dejando atrás a Félix para que nos cerrara las puertas.



COLECTIVO AL-GUAZTAR

Con motivo de la próxima Semana Santa el colectivo de artesanos Al-Guaztar, invita todo el mundo a que se acerque a la maravillosa región de la Alpujarra granadina a visitar en Bubión, la exposición de artesanía que tendrá lugar del 11 al 19 de Abril.

En esta exposición se exhibirán piezas de cuero, cerámica, latón, estaño, repujado, madera, tejidos a mano, etc., realizados por artesanos de la zona.

El Colectivo-Al-Guaztar, ha surgido a partir de la instala-

ción espontánea de distintos talleres artesanos en la zona y su participación en exposiciones de varias provincias:

- Jornadas Andaluzas de Artesanía. Almería.
- Granada Artesana. (Palacio de la Madraza). Granada.
- Artesanía de Bubión (Galería Antonio Machado). Madrid.

A través de esta exposición en Bubión, los artesanos desean poner directamente sus trabajos al alcance del mayor número de gente posible.